

# FÉLIX DE AZÚA

## Tercer acto



Esta novela es un brillante e implacable retrato generacional que sigue a un grupo de amigos en su peripecia vital por la Cataluña franquista, la disidencia francesa, la modernización de España y el declive físico y mental de todos y cada uno de sus miembros.

Un viaje resumido a través de imágenes fugaces y saturado de estimulantes lisérgicos, tertulias parisinas, tabernas barcelonesas, viajes ampurdaneses, coros eslavos, visitas a Jünger... todo sazonado con la mirada lúcida y el humor característico de un escritor imprescindible para entender a toda una generación de intelectuales y literatos. La filosofía, la muerte, la paternidad, la frivolidad y la locura son solo algunos de los temas de una novela que, en cierto sentido, cierra un ciclo en la obra de su autor.

## Índice de contenido

Cubierta

Tercer acto

Unas palabras para el posible lector

2017

1971

2007

2007 y 1963

1960

1962

1973 y 1971

1973

1973

1963

1973

1971

1973

1973

1975

1973

2007

1976

1977

1977

2007

2007

2007

1977

2007

1978

1970

2007

1978

1978

1978

1978

1981

1997

2007

Sobre el autor

*Para Eva y para Inés, con quienes he pasado un  
confinamiento  
de meses, aunque yo habría preferido que fuera un  
confinamiento de años. De muchos años.*

## UNAS PALABRAS PARA EL POSIBLE LECTOR

Aun cuando esta es la cuarta y última parte de una falsa autobiografía, sigue siendo tan falsa como las otras o incluso más si cabe. En ningún momento, ni ahora ni antes, he querido escribir un relato de mi vida, si acaso tuviera yo una, sino más bien dar cuenta del mundo tal y como lo he conocido. Como decían los antiguos sobre los pintores de paisajes, lo interesante no es representar lo que uno ve sino la conciencia que en uno produce lo que ve. Tener conciencia de un mundo o de una parte del mismo es todo lo que podemos llevarnos a la tumba, y esa es la tarea de la literatura.

Al igual que las tres partes anteriores, esta cuarta es totalmente libre, quiero decir que se puede leer, como cada una de sus antecesoras, sin contar con la existencia de las otras tres. En la última parte trato de repasar algunos finales de comedia que nos atañen a todos y al protagonista en particular. A todos nos llega el final de la comedia y, como quiso Beethoven, cuando llega lo más adecuado es aplaudir. Me gustaría que este libro fuera un aplauso al caer el telón tras el tercer acto.

Como es lógico, nada de lo que aquí aparece es real o verdadero en el sentido legal o científico. Por pura honestidad debo adelantar que tampoco los personajes de esta novela creen que haya nada real, aparte de las sentencias judiciales y las matemáticas. Si alguien cree reconocer en esta narración algo o alguien real, legal o científico, está

completamente equivocado. Incluso yo diría que es posible que sufra algún tipo de desorden mental.

Dicho lo cual, también puedo afirmar que el mundo que yo he conocido está lealmente expuesto en estos libros, sin adornos y sin la menor curiosidad por mi ombligo.

2017

Durante demasiados años he vivido como si fuera a ser eterno, y hoy mi tiempo se ha agotado. No para el cuerpo, que renquea, bizquea, tose y sigue admirando la luz, sino, muy a mi pesar, para el mundo. Es el mundo lo que se aleja día a día con acelerada velocidad, y aunque no lo pierdo de vista, sin duda mi cuerpo ya no puede alcanzarlo. Ha sido una vida bastante buena. He amado la fidelidad de los grandes árboles, la bondad de los animales y la grandeza de los humanos.

En esta última persecución del mundo avanza el cuerpo cuanto puede, pero arrastrando las piernas como un perro herido incapaz de saber que tiene una mitad paralizada y sigue adelante dejando el doble rastro de las patas muertas. El tiempo, que antes se deslizaba con alegres brincos de delfín, es ahora una bancada de imágenes que van en masa, como sardinas. No obstante, sin ellas el tiempo se haría invisible y podría recorrerse todo él en un guiño: el principio y el fin serían simultáneos, transparentes. Algunos agonizantes viven ese transcurso a ciegas, sin imágenes, y su tiempo se escurre por el sumidero de la muerte en escasos segundos. Yo, por fortuna, conservo imágenes, muchas imágenes. Las imágenes son mi conocimiento.

Si uno trata de entender, por ejemplo, la vida de un labriego medieval en imágenes temporales, solo podrá concebir tres o cuatro estampas, hijos nacidos y muertos, inviernos crueles que mataron a la mula, quizás una romería hasta la iglesia del burgo con su aroma a incienso, entierro

del sarmentoso abuelo, vejez arrugada y muda de una esposa paciente destruida por los partos, poco más: es un camino que la muerte seguramente recorre en un instante, desganada, apática, porque el muerto nada ha guardado de aquellos momentos en los que latió su corazón al ver mocear los tallos verdes o la luna llena sobre las encinas o la fuerza de la sangre. Los momentos de plenitud han sido aplastados por los de la ruina.

Yo me acerco ya al instante en que veré caer al vacío mis imágenes hasta quedar totalmente ciego. Querría ahora ayudar al tiempo, pero a la manera de aquel personaje, Serenus Zeitblom, que en una novela de Thomas Mann relata la vida y la obra del oscuro o quizás embrollado Adrian Leverkühn, músico alemán, desde la convicción de que él, pobre hombre vulgar, no ha tenido el talento necesario para comprender cabalmente la profundidad y la audacia de las composiciones, los tormentos del músico, su indudable grandeza. No, sin duda aquel personaje de ficción, Serenus, no podía entender al compositor y aun así, por humildad, procedió a salvar trabajosamente las imágenes del músico antes de que las borrara el huracán de la muerte.

Yo querría ahora ser el Zeitblom de mí mismo porque tampoco yo me he comprendido, no he tenido el talento suficiente para entenderme y amarme, y me veo, ya al final, como un perfecto desconocido. Quizás algunas imágenes del pasado (pero ¿qué es eso del «pasado», acaso otra imagen de imágenes?) me ayuden a verme cabalmente si consigo ponerlas en claro. Vengan ellas como corderos al pastor.

1971

Quizás la parte más imaginativa, o, con mayor exactitud, más imagénica de mi búsqueda empezó en un ático de Vallvidrera, barrio montaños de Barcelona que entonces era un medio descampado esparcido por una de las colinas que encierran a la ciudad en un caldero, ya comenzados los años setenta del siglo XX. Allí vivía poca gente porque no era fácil de alcanzar si no tenías coche, habías de llegar con el metro hasta la última estación, llamada «Pie del Funicular», y luego subir caminando hasta la Carretera de las Aguas. Un recorrido interminable. Por la mañana era peor porque todo venía cuesta arriba, pero no me cansó el viaje. Aún era yo un veinteañero y apenas tenía conciencia de mi cuerpo porque nada en él daba aún síntoma alguno de independencia. Mis animales, o sea, el hígado, el corazón, los riñones y el resto de la animalia, estaban sanos, contentos, joviales, así que llegué, o mejor dicho, llegamos, porque me acompañaba mi hermano, sin esfuerzo alguno. La finca, de construcción reciente, era cuadrada y blanca, como la habría dibujado un niño, tenía cinco niveles y parecía deshabitada.

Hasta ese momento todo lo que podía juzgar sobre mi vida era que soportaba la dictadura soez del general Franco, la cual había reducido la total población española a una jaula de reclusos, algunos contentos, según es tradición del país, pero otros enconadamente rencorosos. Esclavo era yo y todos mis conocidos (aunque no la familia) y aún lo seríamos muchos años más. Fuimos esclavos durante décadas

porque nadie, persona, facción o levantamiento, nos libraría del déspota, solo la muerte. Una vez más la gran cosechadora de mala hierba, la calavera que sonríe indiferente a sus fechorías, nos trajo liberación. Así que, lo queramos o no, los españoles seguiríamos siendo esclavos durante muchos años más una vez muerto el dictador, como el enfermo que, sin saberlo, lleva dentro un gusano que le roe las entrañas.

Para nosotros la política española sería ya siempre una prolongación de la dictadura, y al haber sido esta una consecuencia de la guerra civil, viviríamos en guerra civil permanente, aunque no lo quisiéramos reconocer. De ahí que mi primer nacimiento a la conciencia se produjera cuando me encontré con gente de mi edad que parecía estar perforando la losa de la dictadura para respirar algo de aire puro, pero sin participar en ningún movimiento gregario o partido que buscara prolongar la esclavitud colectiva con otros disfraces. Desde muy joven vi con claridad que la célebre frase de Marco Aurelio, «lo que es malo para la colmena no puede ser bueno para la abeja», era una pérfida falacia. Deja la colmena para el colmenero y no seas abeja, me decía.

Días atrás, el que entonces era mi hermano y yo habíamos conocido a alguien de esa naturaleza, un muchacho de nuestra edad que vivía como si todo fuera normal, sin quejarse, sin maldecir la existencia, sin echarle la culpa a nadie y sin embargo mortalmente enemistado con el régimen. Sería uno de mis compañeros asiduos a lo largo de los siguientes treinta años. Yo en aquel momento no lo sabía, pero durante varias décadas mis juicios tendrían siempre como referente el severo tribunal de Josean, un hombre dos años mayor que yo, cuyas señas principales eran complexión robusta, piernas cortas, barba carolingia, mediana estatura, voz agradable y nunca estridente y mirada noble, aunque también la de beber sin descanso, todos los días, todas las noches, a todas horas, café con ron, bebida extra-

vagante que a él le sugería efluvios de explorador africano y no de proletario mañanero como al resto de la población. Su nombre, Josean, era la contracción de José Antonio, lo que daba alguna idea de sus orígenes.

He empleado el plural porque lo conocimos los dos, David Jato de Aranda —que, como digo, entonces era mi hermano— y yo. Tampoco entramos únicamente en la vida de Josean, sino que en aquella ocasión le acompañaba su mujer, Mina Soria, una chica muy linda, pequeña, una miniatura, a la que todos llamaban Anisete por lo pequeña, redondita y dulce, o eso creíamos nosotros, pobres infelices. Yo tardaría mucho en vislumbrar los abismos que se abrían en su cerebro sin motivo alguno. Una vez más caí preso de una apariencia que disimulaba eficazmente el horror, un error típico de la gente que está a punto de abandonar la juventud para entrar en la edad de la razón. Mina era, indudablemente, una muñeca quizás japonesa y uno sospechaba que había sido mimada y consentida por todos cuantos la conocieron desde su nacimiento, pero a medida que aumentaban los efectos del ácido que nos tomamos aquella tarde se fue convirtiendo en una tremenda boa constrictor de las que aparecían en los reportajes sobre las selvas centroamericanas. Por entonces, tomar una porción de LSD en grupo formaba parte del ritual más extendido entre los jóvenes sin ataduras dogmáticas, una costumbre que llegó de los odiados Estados Unidos, y que nos parecía tan natural como sorber el té entre los beduinos. Aquel viaje alucinógeno, como se verá, fue el primero de un amplio linaje y permanecería presente como uno de mis primeros recuerdos libres, realmente mío, hasta que el tiempo se acabara.

Deseo aclarar solo un momento que aquellos no fueron mis orígenes verdaderos, si nos atenemos al cuerpo mismo. El origen del que ahora hablo es un origen de la conciencia, de lo que antes he llamado «la edad de la razón». Busco imágenes capaces de responder a la pregunta: ¿cómo

he llegado a saber lo que sé, aunque sea poco y no muy convincente? En ese orden, el ácido de Vallvidrera está en el origen mismo. Así pues, no voy ahora a divagar sobre mi génesis corporal (eso ya lo hice), sino que quiero llegar a mi final, a hoy mismo y a la cada vez mayor distancia del mundo con respecto de mi tiempo, un mundo al que veo escapar como un buque que va deslizándose por el borde del muelle y, aunque dado su enorme tamaño parece avanzar con lentitud, es inútil que corra con todas mis fuerzas por el embarcadero saltando bolardos porque pronto lo perderé de vista y no volverá nunca más, así que es mejor permanecer quieto, junto a la escalerilla que ya han retirado para siempre las Parcas, y observar atentamente. Si eres sagaz, mientras lo ves desaparecer te dará tiempo para aprender cómo se aleja y cómo hay que alejarse y qué significa en general irse alejando y de qué te estás separando en realidad, por eso abandono mi origen corporal y estoy ahora atento a mi origen consciente, el primer recuerdo realmente mío, en Vallvidrera.

Aunque Josean era oriundo de Gerona, por aquel entonces ocupaba un puesto directivo en una Gran Enciclopedia que se estaba editando en Barcelona y para la que el Opus Dei había reclutado a los pocos que sabían algo en aquella universidad truculenta. Dirigía la sección de conceptos biológicos porque tal era su titulación universitaria, era biólogo, pero lo que en verdad ocupaba su vida era la filosofía o quizás la teología, una teología sin dios, como todas las modernas teologías. A los trece años ya había leído *Ser y tiempo* con mucho provecho porque fue el texto sagrado que le ayudó a soportar todo lo que conocería a lo largo de su vida, como si Heidegger lo hubiera escrito con un dedo de fuego sobre las tablas de su cerebro. A pesar de las cuevas murciélagas que poblaron su vida, los remolinos en los que naufragó dulcemente, las turbulencias de aquel libro alemán ya siempre le dictaron a Josean el mundo verdadero. El mundo era un aliento invisible que flotaba

sobre la haz de la tierra, una piel transparente cuyas raíces perforaban el suelo, heredad de los muertos, y cuyas ramas subían a lo alto hasta los ojos del firmamento. El Ser se podía abrazar en una tormenta de rayos y truenos, en la boca de un volcán, en los ojos vacíos de un cadáver, en los colmillos del jaguar, o en el aliento entrecortado de una protagonista de Esquilo: estaba en todas partes y en ninguna. Pero era. Mejor dicho, estaba siendo.

Tenía mi amigo, sin embargo, una flaqueza con la biología, a la que amaba a la manera de los presocráticos, como ciencia de la vida en un sentido absoluto: la vida era aquella desbocada energía que nos permite correr con las piernas, respirar a pleno pulmón y tomar el sol a lo lagarto, sí, pero también lo que le permite al sol escupir sus llamas gigantescas, calentarnos y trastornarnos al provocar constantemente, sin piedad, una nueva primavera. Asimismo, aquella vida presocrática permitía a las más alejadas estrellas brillar desde su infinita distancia poniendo orden en nuestra existencia, aunque ellas ya se hubieran extinguido. También concedía a los muertos que se fueran oxidando hasta confundirse con la tierra misma que los acogió en un abrazo perpetuo de barro y humedad. La biología, el estudio del *bios*, determinó todos los actos de Josean.

Es significativo que su ensayo de fin de carrera hubiera consistido en una búsqueda de biología marina que le llevó a embarcar en un buque canadiense que estudiaba la vida sexual de los calamares. Según nos explicó diez o doce veces cuando el ron le desbocaba el cerebro, su tarea consistía en disponer, junto a los cefalópodos que llevaban a una piscina abierta al mar, varios placebos de caucho que los turbaban haciéndoles creer que eran hembras. Los calamares se inflamaban, se cubrían de preciosos colores irisados, nadaban haciendo cabriolas en torno a la hembra y cuando llegaban a ella se acoplaban seguramente con notable satisfacción. Aquello dejó una huella indeleble en la sexualidad de Josean, para quien los humanos, puestos a la tarea